

tenía efecto en los hilos, se puso en marcha la caravana; uno trepaban por lo más
 escarpado como acontecia a nuestro buen francés y a Fernando Delgado que como buen
 capitán de artillería dispone de una constitución privilegiada, pero el cura, el licenciado
 Delgado y yo, imposibilitados de hacer aquel camino, dabamos grandes rodeos lo que
 había veir a toda aquella gente de buen humor al ver las precauciones que toma-
 bamos para afianzarnos en aquel suelo tan quebrado y tan lleno de juntas y ca-
 vitar como de inmensos precipicio. Habiendo temido efecto la angustia en los
 Majanos, teníamos que andar un gran trecho; sin embargo llegamos a las cinco de
 la tarde y al dar una vuelta nos encontramos en la entrada de los hilos. El primero
 a cuyo pie tuvimos que parar, y donde se halla situada la casa del guarda, es de una
 altura extraordinaria y como viejo centinela avanzada manifiesta en su tronco y
 en su porte de veterano haber sido testigo de lo más remoto acontecimiento: está
 allí como suplicando a las generaciones futuras conserven aquel pedazo de bosque
 sin ejemplar para que formen una idea de los Campos Eliseos de los antiguos. Todo
 el que corte uno de aquellos vegetales comete sin duda un crimen de lesa vejetación
 y cuando me manifestaron el empeño que tenía aquella gente de cortar aquel árbol
 porque se desprendió un gajo y cayó al lado de la casa me parecía no hablar a
 un hombre sino a una fiera: felizmente la señora no permite ni aun que se
 limpien; mas aun, el gajo que cae no permite que lo toquen: tal es la veneración
 que tiene a aquellos árboles y quiera el cielo que las generaciones sucesivas tengan
 para con aquella región las mismas consideraciones. Al penetrar bajo de sus
 espesos follajes y de una altura colosal se notan aquellos robustos troncos que
 miden algunos hasta doce varas de circunferencia. Con un éxtasis de satisfacción
 y de bienestar recorrí aquellos preciosos árboles, la mayor parte llenos de fechas
 y nombres de isleños, nacionales y extranjeros que han visitado aquella deliciosa
 mansión. Hablé señales de recuerdos sumamente antiguos que hoy no se pueden des-
 cifrar y algunas fechas más modernas como del año de 1662, otras de 1748, otras
 de 1773 y de esa época acá los troncos están cubiertos de gratos recuerdos. Los cú-
 pides de esos árboles, por los años, están secas pues la savia no llega a las últimas
 ramificaciones, y están llenas de una vejetación específica, el helécho, la calabuala y otros
 mas, pero eso no impide que de sus troncos haya salido otro tan robusto, tan vigoroso